
Dirk Bogarde

Voces en el Jardín

Conocíamos y admirábamos a Dirk Bogarde por sus magníficas actuaciones en películas como Muerte en Venecia, Los malditos, Portero de noche y Providencia, entre muchas otras. No sospechábamos, sin embargo, que detrás del actor existiera también un excelente novelista. Nos deslumbraron los tres volúmenes de su autobiografía: A Postillion Struck by Lightning, Snakes and Ladders y An Orderly Man, recientemente traducidos al francés y al español. A ellos seguirían, poco después, dos espléndidas novelas: A Gentle Occupation y Voices in the Garden, que fueron muy bien acogidas por la crítica inglesa. Algunos de esos comentarios destacaron el ingenio de su prosa y su fino sentido del humor. El fragmento que ahora ofrecemos corresponde a su segunda novela.

El césped, verde y liso como una extensa alfombra, se inclinaba dócilmente entre los altos pinos hacia el final del promontorio, donde el pequeño y serpenteante muro de piedra, como una quebradiza urna de geranios, señalaba el final de la tierra. Más allá del muro, se abría una extensión de dentadas rocas y guijarros, mirtos hirsutos y una dorada retama suspendida sobre el mar.

Ella caminó lenta y deliberadamente hacia el centro del jardín, sólo a medias consciente de que sus tacones iban dejando profundos hoyos en el césped mojado y de que había recibido la enérgica sacudida de uno de los irrigadores contra su delgada blusa de seda. Se secaría en un segundo, una vez que hubiera alcanzado la luz del sol al final del promontorio, y Archie podría refunfuñar tanto como quisiera contra las marcas de sus tacones en el césped. No era el momento para sentirse inquieta. Desaparecerían en uno o dos días. Así que no se preocupó. No era más que un asunto menor. Un asunto menor desvanecido entre las sombras de los grandes asuntos.

Habitualmente, ella habría caminado hacia la pendiente de grava de la ladera; esa era la regla cuando usaba tacones. Pero ése no era un día normal. Lo esencial para ella era alejarse lo más posible de la casa, de las ventanas. Justo lo necesario para poder tener unos minutos de sosiego. El tiempo suficiente para recuperarse. La brisa siempre la había hecho sentirse como desubicada, excéntrica, inestable. También podía ser el vino, el vino en el estómago vacío. Debía haber desayunado antes de salir. Pero sencillamente no había podido comer nada. Quizá habría sido mejor si ahora estuviera en casa. Los últimos cuatro días comenzarían a desvanecerse en el calor y la paz de la villa.

¿O no?

Había llegado al final del umbrío bosque de pinos y el sol, a medida que continuaba aproximándose al acantilado, la cegó; tuvo que desviar los ojos de la luz resplandeciente que el mar, allá abajo, refractaba. Se trataba de un perfecto ejemplo del tránsito de la oscuridad a la luz, pero sólo físicamente. No podía hacerlo en su interior. No aún, por lo menos. En su interior, todo era oscuridad.

Llegó hasta la quebradiza urna de piedra; automáticamente, y casi sin mirarlos, arrancó algunos geranios y se detuvo a contemplar el mar, allá abajo, y la rugosa línea de rocas que corría serpenteando a lo largo de la cima de la montaña a su izquierda.

Con un gesto indiferente, arrojó las flores marchitas sobre el muro, que cayeron esparcidas entre las ramas del mirto. A su derecha, del otro lado de la bahía, se perfilaban las escabrosas cumbres del monte Boron y la antigua fortaleza en la cima, sombría y silenciosa a esa hora del día. En eso consistía el problema con la otra orilla de la bahía: sin sol, a la caída de la tarde. Fue una de las primeras cosas que habían inquietado al padre de Archie desde el principio, cuando vio por primera vez ese lugar en los años veinte. ¿Dónde salía el sol? ¿Dónde se ocultaba? Pues no se trataba, me había dicho, de construir una casa en el sur de Francia en la que no se recibiera el sol a ninguna hora del día. No tenía sentido. Desde entonces, los diez acres fueron, por esa época, sólo un extenso bosque de pinos situado entre grandes rocas, al que resultaba difícil describir a primera vista. Sólo después, con mapas y compases y visitas cuidadosamente planeadas desde el amanecer hasta el crepúsculo durante varias semanas, resolvió que aunque no recibirían el sol temprano de la mañana, debido a la corpulencia de la cima de la montaña detrás de ellos, quizá podrían disfrutar de él desde las 10 A. M. aproximadamente hasta los últimos destellos vespertinos.

¿Y yo, la niña desposada? Hasta entonces, realmente no había maldecido un lugar donde el sol saliera o se ocultara, resplandeciente a lo largo de su trayecto, pero allí lo hice. Abandoné la preocupación a los otros. La preocupación es fatigante. A Archie y a su padre les gustaba preocuparse: un rasgo familiar. Por eso se los dejé a ellos. Siempre lo hago. Siempre lo hice. En realidad, no soy alguien que se preocupe. No hasta ahora.

Lentamente, se dio vuelta y miró hacia atrás el camino que había recorrido. Los prados, completamente sombreados, corrían hacia la casa a través de un túnel de altos pinos, los pocos que habían quedado después de semanas de desmonte y acarreo, que habían terminado prolongándose durante varios meses a fin de allanar el terreno para la casa y los jardines.

Dottie Wrotham había dicho que se parecía al pequeño Blenheim cuando lo vio por primera vez, lo cual era una observación tan absurda como la que había hecho Benjie Westlake al decir que le recordaba Alcatraz, pues hasta donde ella sabía él nunca había estado allí.

Hoy, emparado en las vistarias, plúmbagos y bugambilias, se asentaba entre los árboles con el confort y la seguridad de la constancia. Lo cual, por supuesto, no era más que una tontería. Ahora no existía ninguna seguridad o confort. Tampoco constancia. ¿Se trataba quizá de un espejismo? Una visión trémula en el aire, un reflejo de otra época y otro lugar. Aunque tal vez esa sensación estaba solamente en mí. Los otros seguramente lo verían todo de una manera distinta. Supongamos que le dijera repentinamente a Tonnino: "Tonnino, deja de cubrir con paja tus horribles estrellas, que sé que están contentas y orgullosas de tu monótona vida, y sólo dime, qué ves allá arriba, entre los árboles?"

Él se quitaría su sombrero de paja y, apretándolo contra el pecho, diría: "Nada, señora."

"¿Nada, Tonnino? ¿Estás seguro? ¿Ni siquiera una casa?"

"¡Ah, sí! Una casa. La casa. Por supuesto, la casa. Siempre ha estado allí."

"¿No crees, entonces, que se trate de un espejismo?"

Me miraría con curiosidad y diría: "Yo veo la casa, señora", pensando que una vez más yo estaría un poco achispada.

¿Y Archie? Archie sería mucho más grotesco, como puede llegar a serlo algunas veces. "¿De qué estás hablando, Coco? ¿Qué puedo ver? La casa, naturalmente. Arcos, ventanas, terrazas, columnas y nada más. Conozco cada travesaño y cada piedra y la perilla de cada puerta. Cómo no iba a conocerlos después de cincuenta años. ¿Te sientes bien?"

"¡Oh, sí! Estoy bien." Seguramente lo habría irritado, pues sin duda habría interrumpido una enormemente complicada cadena de reflexiones interiores. Como siempre lo hago. El problema es que yo nunca estoy completamente segura de si él está sentado pensando o solamente sentado.

Exteriormente, siempre se ha parecido un poco a mí. La expresión de su rostro suele ocultar sus pensamientos. A veces, mirándolo por las tardes a través de la te-

rza, es casi imposible saber si está agrupando las tropas de Poniatowski en Borodino o simplemente decidiendo reemplazar el abeto azul por un sauce. De cualquier forma, es la misma actitud de absoluto pasmo.

Cerrando los ojos, giró su rostro hacia el sol. Los rayos de luz atravesaron lentamente su retina. Los abrió de pronto. Es mi imaginación. Se trata sólo de mi imaginación.

* * *

Archie estaba incómodamente sentado en la esquina de la cama, con su bata de seda Liberty y sus pantuflas de cuero rojo; el cabello pulcra y cuidadosamente peinado. Sobre sus rodillas, sostenía un paquete elegantemente envuelto.

Ella devolvió el cepillo de rímel al estuche y cerró cuidadosamente la tapa. "Mis ojos están ahí adentro. Como dos agujeros de tersas pestañas. Debía haberlas teñido: alguien dijo que podía hacerlo." Buscó la polvera en la desordenada mesa de tocador. "No has abierto tu regalo."

En el espejo oval enmarcado en dorado, lo vio sosteniendo el paquete con aire pensativo. "Lo encontré en esa tienda de la calle d'Antibes. No creo que te guste, pero puedes cambiarlo."

Por encima de su hombro, Archie la contempló en el espejo. "Odio los cumpleaños, odio ser recordado."

"Tonterías", dijo ella enseguida y agitó suavemente la borla de la polvera. "Yo los adoro."

"Tú no tienes sesenta años. Yo los cumplo hoy."

"¿Y qué hay de malo en eso? Estás en lo mejor de tu vida", dijo.

"Los sesenta son la definitiva culminación de la vida. Nos dimos hasta los sesenta, ¿recuerdas?"

"Shhhh", exclamó y solícitamente se pasó la borla de polvos por sus finas mejillas.

"No me calles. Acabo de verme en el espejo del baño."

"Seguramente no es la primera vez, querido", dijo ella con una radiante sonrisa.

"Por primera vez a los sesenta", dijo Archie.

Se volvió lentamente hacia él. "Archie, ¿qué te pasa? No puedes haber envejecido de pronto, en una noche. Ayer tenías 59 años. ¿Qué extraña metamorfosis ha ocurrido en ti desde anoche?"

"Mis nalgas se han vuelto fofas, arrugadas. Me estoy encogiendo." Deslizó vagamente la mano sobre el paquete que sostenía en sus piernas. "No, no desde anoche. Ha venido sucediendo desde hace tiempo. He observado cuidadosamente las líneas de mi cuerpo. Se han combado —dijo con gesto preocupado—, están caídas. Es la edad... Creo que todo esto es un poco obsceno."

Ella lo miró con una expresión de asombro en los ojos y las manos enlazadas en su regazo. "Querido Archie, qué horrible lo que estás diciendo. Tienes una figura hermosa, un cutis perfecto... lo has tenido siempre. Y siempre te has envanecido de eso."

"Pero ya no lo tengo. No me gusta el curso que están tomando las cosas. Podrías decir que me estoy precipitando hacia el invierno, y ya desde ahora puedo adivinar cómo va a ser ese momento. Siento una enorme aversión hacia todo eso."

Ella lo miró con un gesto de impotencia. "Nunca antes habías hablado así: me estás destrozando."

"Yo también me estoy destrozando. Los hombres se vuelven vanos cuando enfrentan la realidad. Es tan simple: odio lo que está ocurriendo en mi cuerpo, lo odio." Se levantó de la cama de pronto y, sosteniendo el paquete en una de las manos, caminó hasta la ventana y miró hacia la mañana dorada. "La idea de hacer el amor me repugna."

Coco dejó escapar una leve exclamación de angustia y, llevándose la mano a la boca, se volvió repentinamente sobre el banco del tocador. "¡Qué horrible lo que has dicho, Archie! Te has vuelto loco. No puedes estar bien."

"Estoy perfectamente bien. Sólo que acabado. Acabado."

"¡Cállate!", gritó ella, cubriéndose los oídos con las manos.



"Como tú sabes, soy un hombre escrupuloso... Escúchame, no quisiera repetir esto otra vez, tú lo sabes. Los instintos, o como quiera que se llamen, han comenzado a desvanecerse. Tú debes haberte percatado de ello desde hace algún tiempo. Ya no tengo fuerzas, ni deseos... mis instintos han muerto. Me he secado, me temo. La savia ha terminado abandonándome también con los músculos. Lo detesto, y odio entristecerme con esto... pero así es. Lo que acabo de decirte es un hecho. No es tu culpa, en absoluto; sigues siendo tan encantadora, tan atractiva, tan enloquecedora como siempre. Pero siento que no puedo ser un esposo para ti en el sentido pleno del término; no puedo cumplir con mis obligaciones: ya no soy capaz."

Coco se sentó aturdida, como si de pronto hubiera recibido un fuerte golpe. Luego, muy lentamente, se dio vuelta hacia el tocador y mecánicamente buscó sus anillos y los hizo girar en sus dedos trémulos, inseguros.

"Esta es la mañana más espantosa de mi vida", dijo y se deshizo en lágrimas que corrieron por sus mejillas abriendo ligeros surcos en el maquillaje.

"También para mí es una mañana horrible", dijo Archie, dándole la espalda aún junto a la ventana, "aunque me doy cuenta que es más fácil para mí que para ti. Toda pasión se acabó para mí."

Ella se enjugó los ojos con un pañuelo. "¿Y qué pasará conmigo? ¿Qué voy a hacer? Me haces sentir como una leprosa."

"No quería hacerte sentir así. Soy yo quien debe sentirse como un leproso, no tú. Tú sabes que sólo muy rara vez me he acercado a ti en estos últimos años. Nuestra relación no ha sido una relación apasionada, ¿o sí, querida? Desde hace muchos años."

"¡No es mi culpa, Archie! ¡No la mía! Tú has envejecido cada vez más lejos de mí, metido en tus detestables libros, en tus investigaciones, con todos esos malditos soldados de juguete, trozos y piezas de antiguas batallas." Se había limpiado los ojos y examinó los restos del naufragio que aquella intensa mañana había obrado sobre su rostro ahora macilento.

"Ya no hay nada que hacer con esos soldados de juguete o esas piezas de alguna vieja batalla, como las has llamado. Pero sí *había* algo que hacer con la guerra, con nuestra guerra." Se apartó de la ventana y fue a sentarse de nuevo en la esquina de la cama.

"Cinco años de separación es mucho tiempo. Éramos dos extraños cuando volvimos a encontrarnos. Nada conseguimos con eso. Nada." Miró como desahuciado en su interior hacia esa época. "Nos queda un viejo afecto, familiaridad, hábitos. Pero la pasión ha muerto. Tú lo sabes tan bien como yo. Todo ocurrió hace tanto tiempo: es



ya tan distante, está tan acabado. Y hemos cambiado de manera tan definitiva. Es algo que le ocurre a mucha gente."

"¡No!", gimió. "No digas una palabra más. Lo vuelves todo demasiado cruel."

Él se encogió de hombros y volvió a deslizar la mano sobre el paquete que aún sostenía en las piernas. "Es cruel. El fin del amor, o de la atracción física, si tu quieres, siempre es cruel."

Ella introdujo los dedos en el bote de crema y comenzó a untarse la cara con movimientos bruscos, irritados. "Tú me dejaste primero. Fuiste, tú, Archie. Yo siempre he sentido atracción hacia ti, sólo recuerda eso."

Él sonrió tristemente, negando con la cabeza. "Tú me dejaste mucho antes que yo, querida. Te has sentido atraída por cada hombre que te mira, sobre todo si es un hombre más joven. Los que tú llamabas 'elegantes', ¿recuerdas? Un joven elegante en la playa, en un yate, al otro lado de la mesa; cualquier joven con buena figura y un poco de ingenio bastaba para llevarte a la cama."

Ella dio un grito de rabia mientras uno de sus anillos, por efecto de la crema, escapó de sus dedos y rodó por el piso de parquet. "Dices cosas sucias, despreciables. ¿Cómo puedes hablar así?"

"Fácilmente, tristemente. Eso ahora no importa. No ha importado. Nunca importó, supongo. Aunque lo supe desde el principio, nunca pude cambiarte. Todo lo que hice fue casarme contigo. Y tampoco eso te detuvo, ¿o sí? El matrimonio sólo te dio 'licencia para matar', si entiendes lo que quiero decir."

Ella se limpió la cara con un pañuelo, arrojándolo luego a sus pies. "No entiendo. No sé lo que quieres decir. Te has vuelto completamente inmundo, obsceno."

Él se levantó de nuevo y, apoyándose contra la persiana recogida, miró vagamente a través de la ventana. "Mi querida Coco, si yo hubiera hecho una incisión en ese enorme pino en forma de sombrilla allá abajo por cada 'asesinato' que tú has cometido, habría un maldito altar totémico erigido al final del jardín."

Ella se volvió hacia él con inseguridad, extendiéndose la crema cuidadosamente en las manos. "Qué mal momento elegiste para jugar el Juego de la Verdad. ¿Pues supongo que de eso se trata? Y has esperado cuarenta años para jugarlo. Precisamente hoy, en la mañana de tu sesenta aniversario. ¡Qué admirable precisión! ¿Y después de esta asombrosa confesión que me has hecho, qué se supone que debo hacer? ¿Admitir que yo siempre fui una ninfómana y tú, podríamos decir, un indolente? ¿Te parece mejor así?"

"No sigas, por favor, no sigamos con esto. No me gusta nada."

"No podemos detenernos, Archie. Tú comenzaste y yo te seguí. Entraste a este



cuarto y me hiciste mucho daño con esa estúpida observación. Y ahora, cuando has terminado por convertirme en una ruina ¡mírame!, quieres detenerte. ¡El típico Archie! No me detendré. Te quise con locura. Pensé que eras lo más divino que había visto en mi vida y deseé ser tu esposa. Y lo fui. Pero en ese entonces no sabía ¿cómo podía saberlo?— que la única manera en la que realmente podías hacerme el amor era vestido con tus galas reales, con tus insignias, como si acabaras de llegar del baile de Richmond antes de la batalla de Waterloo.”

“Basta, Coco. Detente.”

“No lo haré. Es verdad: charreteras, botones y esas malditas botas adornadas con borlas. Tu obsesión con Napoleón y sus galas. ¿Cómo iba a saberlo?”

“Hasta donde pude darme cuanta, tú parecías disfrutar mucho de todo eso.”

“Por supuesto. Era un juego. Lucías extravagantemente encantador y arrojado. No me importaba jugar tu estúpido juego si eso te producía placer. Y fue divertido al principio.” Miró atentamente sus manos e hizo girar sus anillos en los dedos. “Pero al poco tiempo comprendí que había muy poco amor en todo eso. Tampoco había ternura realmente. A ti te gustaba porque en cierta forma te ocultabas detrás de ese disfraz que te hacía sentir fuerte, valiente, masculino. Te daba sensación de poder, te sentías irresistible. Pero sobre todo, irresistible ante ti mismo. En realidad, te hacías el amor a ti mismo, Archie, no a mí. Y por momentos sentí que quizá estabas castigándome por mi esterilidad.”

Archie emitió un ligero gemido, cubriéndose la boca con el puño. Ella lo miró vagamente.

“Ese era el trasfondo del asunto, lo sé. Eres un hombre vanidoso, siempre lo has admitido, un hombre vanidoso y egoísta. Lo extraño es que yo te amé a mi manera, y todavía te amo. A pesar de todas estas cosas tontas y crueles que después de tantos años nos estamos diciendo. Sé que no fue el tipo de matrimonio que tanto tú como yo habíamos esperado. Pero a fin de cuentas, nos las hemos arreglado. Fue un matrimonio perfectamente aceptable hasta la guerra. Hasta entonces, jugamos tu jueguito, como tú cruelmente lo llamabas, cuando el deseo te invadía. Pero cuando no, entonces yo podía irme a hacer cabriolas con los gitanos por los bosques. Y lo admito: yo pasé una época maravillosa. ¿Pero salimos realmente indemnes de todo eso, Archie?” Extendió la mano hacia la espalda encorvada de Archie. “Yo regresé. Nunca corrí detrás de un molino de viento. Después volvimos a intentarlo... y fallamos. Pero ahora estamos juntos, ¿no es así?”

Él levantó la cabeza y miró hacia afuera a través del jardín. Ella mantuvo las manos entrelazadas sobre sus rodillas.

“Qué extraña conversación, después de todo.” Se encogió de hombros y sonrió levemente para sí misma. “¡Oh, querido! Sabías muy bien lo que yo era cuando nos casamos hace tantos años. La frívola, la feliz inconstante. Coco. Al mismo tiempo dentro y fuera de cualquier nido. Ese era nuestro refrán, ¿recuerdas? Y resultaba divertida para cualquier extraño.”

Él había apoyado la cabeza contra el frío cristal de la ventana. “¡Dios mío!” exclamó.

Repentinamente, ella se dirigió a su propia imagen en el espejo. “¡Qué desastre! No me refiero a nosotros, sino a mí. A mí, en este momento. Francamente, creo que hasta ahora hemos podido arreglárnoslas muy bien.” Con sus delicadas manos, se alisó la cara y el cuello. “Y aún estamos aquí. Dices que tus nalgas están flojas y tu cuerpo ajado; yo también he envejecido. Y en cualquier caso, podrías elegir un nuevo disfraz, ¿sabe Dios cuál! Un uniforme cubriría cualquier vestigio indeseable... si es que puedes encontrar alguno para jugar el juego.”

Él aclaró su garganta: “Hacer eso a los sesenta, me haría sentir obsceno.”

“¡Oh, la vanidad, la pura vanidad! Toda pasión se agota, tú lo has dicho. Sobre todo, cuando realmente no ha habido ninguna: de tu parte, al menos.” Irritada, extendió la mano hacia el bote de crema e hizo girar bruscamente la tapa. “Yo también soy vanidosa. Y un poco más joven que tú. No me voy a recluir en un convento porque tú hayas descubierto arrugas en tu trasero o en cualquier otra parte.” Comenzó a extender la crema sobre los delicados contornos de su rostro. “Todavía no estoy muerta, querido. Aún no. Y no lo estaré durante un buen tiempo.” ◇